

LA SERPIENTE EMPLUMADA

H. San Martín

(Visita al país de los aztecas)

LA leyenda de Quetzalcoatl, dios del viento y héroe legendario civilizador de los pueblos mexicanos, lo representa como una serpiente emplumada que vino del norte y que después de civilizar a toltecas, mayas y aztecas, siguió al oriente ofreciendo volver sin decir cuándo. Quetzalcoatl era originalmente tolteca, pero lo adoptaron también los mayas de Yucatán con el nombre de Kukulcán y luego los aztecas.

Así como los mayas estaban controlando las tierras bajas y tropicales de Centroamérica y Yucatán, los toltecas dominaron la meseta mexicana. Parece que hacia el comienzo de la era cristiana varios pueblos llamados nahuas, que venían de norteamérica, invadieron el altiplano mexicano controlando la meseta. Los nahuas progresaron rápidamente gracias al contacto con los mayas. Una tribu nahua, los toltecas, dominó a las demás y desarrolló una civilización notable sobre la cual se edificó posteriormente el apogeo azteca. En este juego de influencias culturales que se desarrollaban en México, los toltecas representan a los etruscos de Italia, los mayas a los griegos de la época clásica de Grecia, los aztecas a los romanos. Al sur, sucedía algo semejante con las culturas de Tiahuanaco y de los incas; la primera representa a la griega y la segunda a la romana.

Los toltecas tuvieron, como los mayas, dos imperios y dos cúspides culturales. Parece que los imperios se extendieron del año 677 al 1116 D.C. Sin embargo, desde antes de esta fecha, los toltecas se

habían transformado en grandes constructores de templos pirámides o teocallis, levantando ciudades religiosas donde complicados ceremoniales y ritos se desarrollaban. Entre el siglo III y el VIII D.C. ya habían edificado Teotihuacán, contaban con un calendario más simple que el de los mayas y una organización política bastante adelantada.

Teotihuacán, "lugar donde los dioses nacieron", se levanta en un pequeño valle inclinado, cerca de la ciudad de México. Sobre inmensas terrazas escalonadas para salvar el desnivel, se alzan las pirámides monumentales. A las líneas geométricas de las pirámides egipcias se agrega aquí la piedra tan hermosamente esculpida como sólo se encuentra en India o en Cambodia. Para que surgieran estas pirámides escalonadas no parece haber hecho falta ningún modelo extraamericano. Existía el culto a la altura y la técnica arquitectónica tolteca apenas había superado las condiciones impuestas por la gravedad. Sin embargo, las pirámides toltecas revelan una concepción artística vigorosa, superior a la egipcia, aunque arquitectónicamente son inferiores. El eje principal de Teotihuacán es la Calzada de la Muerte, de 50 metros de ancho y 2 kilómetros de largo, con una perspectiva admirable desde la Pirámide de la Luna hasta la Ciudadela. La Pirámide de la Luna, junto con el Templo de Quetzalcoatl, son las construcciones más hermosas de Teotihuacán. Las altas y verticales escaleras de piedra que conducen a la cima del templo, están decoradas con cabezas de serpientes adornadas de plumas,

MITOLOGIA AMERICANA

alternando con colosales máscaras de piedra que simbolizan a Tlaloc, dios de la lluvia. Pero la más impresionante de todas las pirámides es la del Sol, que mide 225 metros por lado y 70 metros de alto. De ladrillos recubiertos externamente con piedra volcánica, la Pirámide del Sol es una gran figura geométrica truncada en cuya cima se levantaba el Templo a Tonacateculli, dios del sol, del calor y la abundancia. La Pirámide del Sol es el monumento más grandioso que se construyó en la América pre-colombina.

Hacia el siglo XII D.C. la cultura de Teotihuacán tuvo otra cúspide cuando se extendió a Tula, donde desde el siglo VII existían pueblos toltecas trabajando la región. Tula fue heredera de la cultura de Teotihuacán, tal como lo fueron Telayuca, Cholula y parte de Chichén, en Yucatán. En Tula, los toltecas levantaron monumentos extraordinarios, grandes figuras monolíticas en piedra que recuerdan a las de Tiahuanaco, junto al lago Titicaca, y mucho más lejanamente, a los grandes moais de la isla de Pascua.

Dentro de la arquitectura mexicana pre-colombina, la tolteca representa la línea clásica así como el arte maya representa la línea barroca. La visión de los monumentos mayas impresiona por la nerviosidad de la línea, por la extraordinaria imaginación y el movimiento que no da reposo al observador. Los monumentos toltecas son de líneas serenas, asentados firmemente en la tierra. Pero el clasicismo tolteca no lo fue en el sentido griego ni en el renacentista. La concepción tolteca del universo era diametralmente opuesta a la de los europeos. Todo esto se expresaba en el arte y en la arquitectura. Mientras los griegos y renacentistas perseguían la belleza, aún a través del arte religioso de estos últimos, para los toltecas lo cósmico era lo que valía. Usaron la forma no para crear belleza sino para representar las fuerzas de

moníacas de la naturaleza y lo mágico del universo que los rodeaba.

Talvez hacia mediados del siglo XII, el imperio tolteca sucumbió al empuje de los chichinecas que venían del norte y que probablemente eran pueblos otomíes, mucho menos cultos que los toltecas.

Hacia el sur de México, en aquella parte donde las tierras comienzan a bajar y a hacerse cada vez más estrechas hasta formar el istmo de Tehuantepec, hay una ciudad, Oaxaca, la ciudad esmeralda, que reluce en la planicie en medio de montes verdes donde antes floreció una de las civilizaciones más notables de América pre-colombina: la zapoteca. Una atmósfera de tranquilidad y encanto envuelve a Oaxaca. Los días son cálidos y brillante, las noches frescas y claras. En el mercado de la ciudad, yo iba en las mañanas a encontrar a los descendientes de la zapotecas; allí y alrededor de la plaza mayor y de los portales coloniales, comiendo moles de "guajolotes" y "tamales" de muchas variedades, los encontraba los sábados, vestidos de fiesta como para bailar la "sandunga".

Los zapotecas fueron contemporáneos de los toltecas y del esplendor de Teotihuacán, fueron un pueblo de arquitectos que levantaron monumentos sencillos y grandiosos. Habían llegado a la zona donde hoy está Oaxaca alrededor del año 200 D.C. y florecieron hasta cuando los aztecas conquistaron Monte Albán, en 1494.

Sólo comparable en grandiosidad y belleza a las construcciones mayas de Yucatán y con las toltecas de Teotihuacán y Tula, son estas ruinas zapotecas de Monte Albán y Mitla, que alzan su magnificencia, la primera en la cima de un cerro que domina a Oaxaca y la otra en un llano distante unos 30 kilómetros de la ciudad. En Monte Albán, de cara al sol, a quien adoraban, están las pirámides escalonadas, los altares de piedra, los

adoratorios, los patios de juego y los palacios cuyas murallas muestran uno de los más tallados geométricos que se hayan hecho en la tierra.

En Mitla, "la ciudad para el reposo de las almas", hay otro conjunto arquitectónico zapoteca de extraordinaria belleza. Aquí la maestría del tallado en piedra no parece haber sido superada en México. En las murallas del palacio-mausoleo de Mitla, la piedra se transforma en un encaje de figuras geométricas que cubren los muros con una delicadeza y armonía que asombra. El "hall de los mosaicos" es único en todo México.

Los aztecas o mexicas fueron los últimos nahuas que dominaron el valle de México. Eran tribus semi-bárbaras que habían bajado del norte de México, probablemente de Aztlán o tal vez de Michoacán, hacia el siglo XI o XII, instalándose en la zona que rodea a la actual ciudad de México. Hacia 1122 D.C. los chichimecas invadieron la zona azteca, dividiéndolos. Una tribu, la llamada mexicana, se refugió en unas islas del lago Texcoco, donde más tarde cuando ya habían progresado bastante, fundaron, en 1325, la ciudad de Tenochtitlán que, como Venecia, surgió desde el fondo del lago como una visión roja y blanca que asombró a los españoles.

Los aztecas prosperaron rápidamente debido a que desarrollaron el comercio en una forma desconocida hasta entonces en la meseta mexicana y luego se militarizaron rígidamente. Tenían una gran capacidad para asimilar cultura y absorbieron todo lo que los mayas y los toltecas habían legado. Sin embargo, su sentido creador y artístico, salvo en la escultura, fue inferior al de sus antecesores. En lo político no lograron formar un reino unido como el de los incas y no pasaron más allá de la organización tribal, lo que hacía al rey dependiente de sus vasallos. Esto fue lo que más favoreció a los es-

pañoles en la conquista del país. La teocracia azteca no llegó a idear el mecanismo social y político para lograr la unidad del imperio, no tuvieron tiempo de hacerlo porque el imperio duró muy poco. Tenochtitlán era una ciudad espléndida, según la descripción de los cronistas españoles, era una ciudad-estado muy bien organizada pero sin conexión orgánica con el exterior.

Los aztecas, tal como los romanos, ascendieron rápidamente, extendiendo sus dominios por conquistas. En su mejor período, durante el siglo XV, el imperio azteca se extendía por casi todo el territorio de México y hacia el sur había llegado hasta Guatemala. En 1493, dominaron a los mixtecas y en 1495, a los zapotecas. Ese fué el período en que el imperio estuvo más fuerte y unido. Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán, formaban una confederación poderosa dirigida por los aztecas. Pero enclavados en el imperio hubo pueblos que nunca se sometieron, tal como los tlascalas, que fueron los que ayudaron a Cortés a derrotar a los aztecas.

La pintura, las ciencias, la escritura y la arquitectura alcanzaron un nivel muy alto en el período azteca; pero sus creaciones no fueron originales sino influenciadas por las culturas maya y tolteca. Como todo lo azteca fue destruido por los conquistadores españoles, es muy poco lo que queda actualmente en México de la cultura azteca. En Cholula y en Tenayuca visitamos las ruinas de pirámides construidas por los aztecas y en los museos de México se conservan piezas escultóricas que por sus proporciones heroicas, por su técnica maestra y sobre todo, por su arrolladora fuerza plástica, constituyen, a nuestro entender, la culminación del arte escultórico americano precolombino. Dos hombres notables, Netzahualcoyotl, rey de Texcoco en la segunda mitad del siglo XV, fue una especie

MITOLOGIA AMERICANA

de Salomón mexicano, sabio y poeta y al mismo tiempo, monarca justiciero. El otro fue el rey Tizoc, que marca la cúspide cultural más alta que alcanzaron los aztecas al final del siglo XV.

Los aztecas creían que su visión del mundo era la de alimentar y mantener al sol que, como águila, bajaba todos los días a Tenochtitlán para tomar los corazones de los hombres ofrecidos en sacrificio y, en cambio, entregar a los aztecas, el pueblo escogido, el dominio del mundo. Una concepción parecida a la del pueblo hebreo y a la del cristianismo primitivo, que también se consideraban escogidos por Dios. Por lo demás, este mito está presente también en las religiones orientales pero en una forma más velada. Tescatlepona, el dios-sol, era el dios mayor de una larga lista de dioses que se veneraban en los teocallis. Todos los años se le ofrecía un sacrificio humano. El sacerdote sacaba el corazón de la víctima en el altar colocado en la cima del templo pirámide. Huitzilopochtli, el dios protector del Estado y de la guerra, era mucho más temido porque continuamente exigía sacrificios humanos. Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, verdadero Osiris de los aztecas, quienes lo habían adoptado de los toltecas, era un dios ausente y bondadoso porque no exigía sacrificios humanos. Otro de los dioses importante era Tlaloc quien, como era dios de la lluvia, regulaba las cosechas y tenía, por lo tanto, muchos seguidores.

Las crónicas españolas de la época cuentan horrores de los sacrificios humanos que los aztecas hacían. Hacia el fin del imperio azteca, cuando había luchas internas, el temor de que los dioses perdieran eficacia y dejaran de ayudar al pueblo azteca, adquirió caracteres de histeria colectiva. Esto aumentó con la llegada de los españoles y entonces los templos pirámides deben haberse convertido en mataderos humanos. Lo que los espa-

ñoles no entendieron era que todo esto tenía un significado mágico, no era un rito religioso sino una fórmula mágica para renovar las energías de los dioses y de las fuerzas de la naturaleza. El barbarismo de los aztecas respondía al sentido mágico de la vida que ha sido natural en todos los pueblos neolíticos. Los conquistadores se horrorizaron sin considerar que los nativos americanos estaban culturalmente 3.000 años atrás de ellos; se horrorizaron, olvidando que en la metrópoli estaban quemando vivos a los herejes sin ninguna piedad.

Cuando Cortés bajó en Veracruz, en 1519, los aztecas pensaron que era el dios Quetzalcoatl que regresaba de su largo viaje por oriente. Los totonacs recibieron con júbilo al hombre emplumado, al hombre-caballo, que venía con extrañas gentes surgiendo del fondo del océano. Cuando Moctezuma recibió dibujos que mostraban a Cortés con casco y plumas y vestido de vivos colores, no dudó de que la serpiente emplumada regresaba. Por eso, cuando Cortés llegó a la capital, el rey y la corte lo recibieron con obsequios y fiestas.

Pero no era Quetzalcoatl, y la equivocación fue funesta para los aztecas. Al año siguiente Cortés hacía desaparecer a Moctezuma II, último rey azteca, en la misma forma en que Pizarro haría asesinar bárbaramente a Atahualpa, último inca. Con Moctezuma desaparecieron Quetzalcoatl y todos los dioses. El cristianismo los destruyó implacablemente y al mismo tiempo, destruyó los tesoros artísticos maravillosos que esas civilizaciones habían acumulado en México. Los conquistadores y el cristianismo detuvieron el curso natural de las culturas americanas nativas. Nadie puede saber hoy cuál habría sido el destino de ellas si en lugar de Cortés hubiera regresado Quetzalcoatl.